



REVISTA QUINCENAL DE EDUCACION Y RECREO.

DIRECTOR: D. CARLOS FRONTAURA.

DIÁLOGOS DE NIÑOS.

LA VIEJECITA.

(Continuacion).

Va está buena, ya le ha permitido su médica que salga un ratito, en medio del día, á dar una vueltecita corta por el Paseo de Gracia, y los niños, sus amigos y protectores, no tienen necesidad de subir al último piso de la casa, porque la encuentran en el jardín donde les espera impaciente por hablar y jugar con ellos, como que la vieja parece una chica, ni más ni menos que Anita, ó María, tan voluntariosa, tan caprichosa, tan susceptible, y tan impertinente á veces, así como otras parece tan discreta y juiciosa que no hay más que pedir.

Los niños, durante la enfermedad y la convalecencia de la viejecita, sin

que nadie les haya dicho nada, intuitivamente, han evitado preguntar á aquella detalles de su historia, que ella les comenzó á contar, porque los niños, que son unos observadores terribles, lo mismo mis vecinitos que todos los niños, habían notado que siempre que hablaba de su vida pasada la viejecita su acento revelaba profunda amargura, y no es raro á fé, porque los recuerdos, ¡qué pocas veces son dulces y lisonjeros, ¡y cuántas son tristes, amargos, dolorosos!....

Así eran los de la viejecita.

Viéndola ya restablecida, no pudieron resistir más el deseo de saber la historia entera de su protegida, y Ramon, el más atrevido, la interpeló el otro día de esta manera *indirecta*:

—Abuelita, ¿sabe V. que usted no tiene palabra?

—¿Qué dices, hijo mio?

—V. nos prometió contarnos su vida y no nos ha dicho casi nada.

—Si, hijos míos, si que os diré.— ¿Qué es lo que deseáis saber?... Preguntad y yo os contestaré.

—¿Dónde están sus hijos de V.?

—¡Ay! ¡qué dolor renuevas, niño mio, en mi corazón con esa pregunta!

—¿Vá V. á llorar?

—No, hijo mio, ya no lloro; nacen algunos seres tan desdichados que á fuerza de llorar llega momento en que ya el mayor dolor no les arranca lágrimas. Así me sucede, hijos míos. Me aflijo, y no lloro, ¿no lo habeis notado? Se oprime mi corazón, y mis ojos están enjutos, secos porque ya se agotó en ellos el llanto.

—¿Tanto ha llorado V.?.....

—¡Tanto hé llorado!

—Claro que lloraría V. cuando murió su marido de V.

—¿De qué murió?.... ¿De sarampion? Yo estuve muy malito de sarampion el año pasado.

—No, mi marido murió á consecuencia de un susto.

—¡Ay! Pues, ¿qué le pasó?....

—Por una imprudencia mia, hallándonos en nuestra casa de campo, en Guipúzcoa, se produjo un fuego horroroso.

—Pues ¿qué hizo V.?

—Dejar luz encendida en una habitación del piso bajo y la ventana abierta. Es preciso, hijos míos, tener en toda circunstancia prevision y cordura, porque el más leve descuido produce las mayores desgracias. Yo siempre he sido aturdida, imprevisora.... lo que se llama una loca.

—¿Y se quemó su marido de V.?

—No, hijos míos, mi marido no estaba allí.

—Entonces ¿cómo fué que murió del susto?...

—Mi marido estaba entonces en Bilbao, que había ido á pasar tres días en las fiestas que por entonces se celebraban en la capital de Vizcaya. Yo estaba con mis hijos; á Bilbao llegó la



noticia del fuego, y llegó tan exagerada que mi marido creyó que en el fuego habían perecido dos de nuestros hijos.

—¿Y no era verdad?...

—No. Habían estado en peligro, como yo, pero el mayor peligro fué para los dos niños de mi camarera, que hubo que sacarlos de entre las llamas y uno sufrió algunas quemaduras.

Mi marido, que era un hombre sumamente impresionable, sufrió una horrible conmoción al recibir la noticia, su cerebro se trastornó, y cuando en grave estado, fué conducido á donde nos hallábamos nuestros hijos y yo, la alegría que recibió al vernos, agravó su estado.

—¡Pobre señor!

—Volvimos á Madrid, habiendo perdido en el incendio valores que

mi marido tenía en un mueble de su cuarto, y bastantes joyas mías, y dos meses después vine viuda, quedando en la mayor confusión todos los asuntos de mi marido, porque él no pudo ocuparse más en ellos ni hacer su testamento.

—Y todo por haber dejado V. una luz encendida en una habitación.

—Y la ventana abierta.

—Dos faltas de prevision, hijos míos, que fueron el principio de mi desgracia. Por eso os digo que la ligereza, el aturdimiento, la imprudencia, aún en aquello que parece mas trivial y poco importante, traen un cortejo de consecuencias de inmensa gravedad. Tener juicio en toda ocasión, en los más sencillos actos de la vida, es, hijos míos, una garantía de tranquilidad y de bienestar.

C. FRONTAURA.

LA IMPRENTA.

I.

El precursor de Gutenberg

No lejos de la ciudad de Lisboa, capital del reino lusitano, está situada, sobre unas eminencias, la pintoresca Cintra, una de las más hermosas residencias reales de Europa. Aún se ven allí, sobre una colina, los restos de su castillo morisco, dando frente á otra colina que sostiene el palacio y parque, llamado *da Pena*, propiedad

de D. Fernando, rey viudo de Portugal.

Cintra es un jardín continuado. Sus infinitas casas de campo pertenecen, casi todas, á las principales familias de la nobleza portuguesa. Entre ellas son notables los palacios y parques llamados de Monserrate y Ramalhão, y las lindísimas quintas de los marqueses de Saldanha, Viana, Regaleira y Pombal.

No en las mencionadas, sino en una algo más modesta, pero admirablemente situada, moraba un caballero todavía jó-

ven, muy instruido y estudioso. El jardín era un modelo acabado de belleza y buen gusto, y el parque, aunque no extenso, estaba adornado de altísimos y variados árboles.

Las espaciosas y alegres habitaciones de su elegante chalet estaban adornadas con gusto y sencillez. Poseía un gabinetito de Historia natural, especialmente de objetos geológicos, y una lindísima librería, bien poblada de libros.

Durante las primaveras solían venir á visitar al caballero dos sobrinitos suyos, muy aplicados é inteligentes: llamábase el uno Arturo y el otro Ricardo.

De ordinario solían correr por el frondoso parque de la quinta; pero ántes venían siempre á saludar á su bondadoso tío, que pasaba las primeras horas de la mañana en su biblioteca. El Sr. Andrade, que así se llamaba el tío, gustaba excitar la curiosidad de sus sobrinitos, poniendo ante su vista algun objeto raro que diera margen á alguna conversacion interesante.

En una de estas visitas, el Sr. Andrade presentó á sus dos sobrinos una cajita ricamente esculpida, y dijoles:

—¿A que no adivináis lo que encierra esta primorosa cajita?

—¿Cómo lo hemos de adivinar? contestó Ricardo.

—Sí tal: sería muy fácil si hubiéseis visto otras semejantes y supiérais á qué están destinadas.

—¿Qué es, tío? dijo Arturo.

—¿Qué es lo que más abunda en el sitio en que nos hallamos?

—¿Un libro? dijeron casi á un tiempo ambos niños.

—Sí, queridos; pero un libro de otros

tiempos. Habeis de saber que ántes del descubrimiento de la imprenta, un libro constituía un objeto raro y precioso. Por eso se le encerraba en tan hermosas cajitas, ó se le sujetaba con una cadenita de metal comun, y á veces de plata ú oro, al pupitre destinado á la lectura.

—¿Y cómo se hacian los libros ántes que hubiera imprenta?

—Los libros los escribían, como ahora, las personas instruidas, aunque no sobre papel, sino sobre pergamino, que el pergaminero preparaba. El librero, que solía ser entónces un hombre conocedor de la literatura y las ciencias, entregaba el libro á los escribientes copistas, que le reproducían. El artista adornista pintaba y doraba las páginas de estas copias manuscritas, que pasaban entónces á manos del encuadernador, que, uniéndolas, formaba el libro. Así dispuesto, el mancebo de la librería realizaba la venta. Estos libros manuscritos eran muy costosos, y no se adquirían por ménos de seiscientas á mil pesetas de nuestra actual moneda.

—Pocos libros habría entónces y pocas personas podrían comprarlos, siendo tan caros, dijo Ricardo.

—Lo peor era que los tales libros se hacían cada vez más difíciles de entender, porque los copistas, para disminuir el trabajo, multiplicaban de tal modo las abreviaturas, que ya ni los mismos sabios podían leerlos.

—¿Ha sido, pues, una gran invencion la de la imprenta? dijo entónces Arturo.

—Ya lo creo; pero no imagineis que este grandioso invento dejó de costar muchas vigiliass y disgustos á su inventor y á los que le precedieron y abrieron el camino para llegar al estado en que hoy le vemos.

—¿Y cuándo se hicieron los primeros ensayos? preguntó Ricardo.

—A principios del siglo xv el deseo de instruirse se hacía cada día más general. Los libros eran caros y casi ininteligibles. Algunos libreros comenzaron á hacer grabar sobre madera cartas geográficas y otras figuras, escribiendo en ellas una corta leyenda explicativa. Las tablas se cubrían con una tinta espesa, y por medio de la presión se reproducían las figuras y las leyendas, que iban cada vez haciéndose más extensas.

—¿Y quién fué el primero que inventó este medio de escribir sobre madera? dijeron casi á un tiempo los dos sobrinos del Sr. Andrade.

—Se cree que fueron los chinos sus primeros inventores; pero estas tablitas donde se grababan las letras no pueden considerarse como el primer paso en el

descubrimiento de la imprenta, cuya invención caracteriza la movilidad de los caracteres. El primer ensayo de este género se hizo á mediados del siglo xv en Horlen, ciudad de Holanda. Lorenzo Coster fué el primer inventor conocido del procedimiento de imprimir con caracteres móviles compuestos de un metal fundido. Así, el holandés Lorenzo Coster fué el precursor del inmortal Gutenberg. Otro día os explicaré la forma en que este génio superior perfeccionó la invención de Lorenzo Coster y las innumerables fatigas y sacrificios le costó; porque si Lorenzo Coster fué el inventor del primer medio de que se vale el arte tipográfico, Gutenberg le perfeccionó. Ahora es tiempo ya de que vayamos á gozar de la brisa matinal, dando un buen paseo por el parque.

J. DE AVENDAÑO.

HISTORIA DE UN OCHAVO.

VI.

Lo qué pasó en un wagon.

Se llama V. Ignacio?
Esta pregunta la fué repitiendo D. Facundo á todas las personas que encontró en la estación; muchas se encogieron de hombros, otras contestaron; no dió con su Ignacio, el del ochavo; y como no cesaba el interrogatorio, los pasajeros tomaron la cosa á broma, y el tren salió, mientras asomados á las ventanillas se preguntaban riéndose:

—¿Se llama V. Ignacio? — ¡Oye, Ignacio! — Vén, Ignacio, que por tí preguntan.

En el tren iba D. Facundo, pues se dijo que en él debía estar su hombre, porque aquel era el tren de Madrid á Sevilla, que en Córdoba empalmaba con el de esta ciudad á Málaga, una de cuyas estaciones es la de Bobadilla. En los primeros momentos de marcha cada cual cuida de dejar bien colocado el equipaje que lleva en la mano y buscar la posición más cómoda; pero en nada de esto pensó Don

Facundo, que, por no llevar cosa alguna, ni siquiera llevaba cabeza, pues la tenía en todas partes menos en su sitio. Tan preocupado estaba que no se daba cuenta de que hablaba y gesticulaba, cosa que á él le tenía sin cuidado, pero no á otro viajero que con él ocupaba el wagon de primera; hombre de apariencia pacífica que comenzó á sospechar que no iba en buena compañía.

Por no darse cuenta de nada, ni de que el sueño le vencía, D. Facundo acabó por quedarse dormido; y como tenía la imaginación exaltada por la moneda de Neron, soñó en aquel monstruo y creyó ser el centurion que le perseguía. Neron, de todos abandonado, huía á caballo, descalzo y oculta la cara con un velo, oyendo los gritos de maldición que contra él lanzaban los soldados desde su campamento, gritos que repetía D. Facundo, convirtiendo en miedo el recelo de su compañero de viaje, que se colocó en el extremo del wagon.

El emperador llevaba su caballo á escape, seguido de cuatro personas, las únicas que no le habían abandonado. Uno que pasaba dijo:

—Esos hombres persiguen á Neron.

Otro preguntó:

—¿Qué se dice en Roma de Neron?

Un cadáver abandonado en el camino espantó el caballo del fugitivo, que se encabritó, y con el esfuerzo

que hizo el emperador para dominarle, se le cayó el velo y fué reconocido por un soldado pretoriano que le saludó.

—No le saludes; ¡mátale! gritó Don Facundo.

El compañero de viaje palideció y bajó el vidrio para pedir socorro. El pacífico numismático le aterrorizaba.

Neron se apeó y por en medio de la maleza, que desgarraba su túnica y sus piés, se dirigió á la quinta de Faon.

—Ocúltate aquí, César, le dijo Faon, señalándole un hueco arenoso.

—No quiero enterrarme vivo, contestó Neron con espanto.

La sed le abrasaba; con el hueco de la mano cojió agua de un charco y la bebió murmurando:

—¡He aquí los refrescos de Neron!

Luégo, arrastrándose, penetró por una estrecha abertura en la quinta y se acostó en una desvencijada cama. Tenía hambre y sed, pero no pudieron darle más que un pan tan malo que no logró comerlo. Bebió agua tibia.

—¡No te escapas! ¡No te escapas! vociferó D. Facundo, agitándose en su asiento.

El viajero pegó un salto. El tren se detuvo.

—Un minuto de parada, murmuró el mozo de la estación con voz soñolienta.

El viajero abrió la portezuela, dispuesto á bajar, pero el tren arrancó en el mismo instante en que D. Fa-

cundo oía á los amigos de Neron apremiarle para que se sustrajera á los ultrajes que le amenazaban. El emperador ordenó que á su presencia le abrieran la fosa, y suplicó que pudiesen á su alrededor algunos pedazos de mármol y trajeran agua y leña para sus funerales; y cada uno de los fúnebres preparativos le arrancaba lágrimas mezcladas con esta exclamación, con frecuencia repetida:

—¡Qué artista va á perecer!

Llega un hombre y entrega un billete á Faon. De él se apodera el emperador, y lee que el Senado le ha declarado enemigo público y que se le busca para castigarle según las antiguas leyes.

—¿En qué consiste tal suplicio? pregunta Neron.

Le contestan que desnudan al culpable y, después de sujetarle por el cuello, le azotan hasta que muere. Espantado coje dos puñales que lleva, prueba el filo de las puntas y vuelve á guardárselos murmurando:

—¡Aún no ha llegado mi hora fatal!

—¡Sí! ¡ha llegado! exclamó D. Facundo, mientras su compañero temblaba.

—Llorad, decía Neron; comiencen las fúnebres lamentaciones. Dádme el

ejemplo matándoos. ¿Por qué soy tan cobarde? Mi vida es vergonzosa é infame. No es digna de Neron mi conducta. ¡Despierta, Neron!

Oye el galope de los corceles. Temeroso del suplicio que le estaba reservado, se hundió temblando el puñal en la garganta, ayudado por su secretario. Al caer entró el centurion, ó sea D. Facundo, y vió á Neron con los ojos, que se le saltaban de las órbitas, cuya fijeza espantaba. El numismático lanzó un grito de horror, al que contestó otro.

Despertó D. Facundo y á los primeros albores del día vió á su compañero de viaje, pálido, desencajado cerca de la abierta portezuela del wagon como si por ella quisiera lanzarse.

—¿Qué hace V.? gritó el numismático, lanzándose á contenerle.

—¡Socorro! ¡Socorro! chilló el otro.

El numismático le cogió; el viajero le rechazó, pero asidos quedaron y...

Cayeron á la vía.

El tren siguió marchando y batiendo el wagon la abierta portezuela. Nadie notó lo que había pasado.

TEODORO BARÓ.

(Se concluirá.)





CAROLINA NO busca
 Violas ni rosas;
 Le gustan solamente
 Las mariposas;
 Y es su manía
 Correr siempre tras ellas
 Por la campiña.
 En un jardín ameno,
 Sobre unas flores,
 Paró una mariposa
 Rica en colores.
 ¡Cómo brillaban
 A la luz matutina
 Sus lindas alas!
 Eran como el tejido
 Del terciopelo;
 Matizadas de oro
 Y azul de cielo.
 La ve la niña,
 Y se acerca tan quedo

Que ni respira.
 Ella emprende al instante
 Vuelo rastrero,
 Y se para en seguida
 Sobre un romero...
 Un solo paso,
 Y la niña la tiene
 Bajo su mano.
 Mas de nuevo la engaña,
 Párase luego
 En la flor de un granado
 Color de fuego;
 Y está tan alta,
 Que esta vez imposible
 Fuera alcanzarla.
 Carolina se siente
 Cansada y triste,
 Contrariada en su empeño,
 Mas no desiste;
 Y arroja osada
 Su bordado pañuelo
 Sobre las ramas.
 Asustada, no herida,
 La mariposa
 Abandona el granado
 Volando airosa,
 Y se detiene
 A sus pies, en la alfombra
 De blando césped.

Otra vez es inútil
 Su tentativa ..
 Siempre la mariposa
 Volando esquivando
 Y ella siguiendo,
 Van así caminando
 Léjos, muy léjos.
 Y vertiendo la niña
 Llanto inocente,
 Dice á la mariposa
 Con voz doliente:
 ¿ Por qué te alejas?

¿Piensas que te deparo
 Suerte funesta?
 En mi lindo aposento
 Te guardaría,
 Y allí tuvieras flores,
 Luz y alegría.
 ¿ Por qué no paras?
 Y responde el insecto:
 —¡ Soy la esperanza!

PILAR PASCUAL DE SANJUAN.

TEÓFILO Y ESTRELLA.

UÉ nombres tan bonitos!

Pero no fueran á vuestro oído tan simpáticos si hubiéseis conocido, queridos lectores, á los personajes de mi historia.

Era Teófilo, cuando yo le ví por vez primera, un jóven de sonrosada tez, de cabello rubio, de ojos azules y de arrogantisima presencia.

Aunque solamente contaba quince años de edad, tenia todas las apariencias de un señorito hecho y derecho.

Vivaracho, curioso y decidor, dábale infulas de hombre independiente y presumido, aunque para las personas formales no era más que un muchacho vicioso y mal criado.

Estrella, su hermanita, que frisaba en los trece años, tambien la echaba de mujer sensible.

Tenia un temperamento impresionable; poníase nerviosa con frecuencia, y, á pesar de sus facciones agraciadas y de su mirar dulce y expresivo, el desórden con

que siempre hablaba á los demás y la continua indolencia en que vivía, la hacían despreciable y fastidiosa.

La mejor ocupacion para esta niña hubiera sido estarse mano sobre mano, bien guardada dentro de una urna.

Teófilo deseaba aprenderlo todo, queria saberlo todo; y con la misma facilidad que todo lo emprendía, de todo se hataba.

Quiso ser militar, sacerdote, marino, pintor, abogado, poeta y diplomático, pero llegó á los veinte años sin haber conseguido ser más que... el hijo de un banquero tan afortunado como generoso.

A Estrella, que tambien participaba del carácter ligero y superficial de su hermano, dábale por rizarse el cabello, hacerse caprichosas sortijillas sobre la frente, limarse las uñas, sentarse algun rato en el piano y contemplarse ante un espejo desde el sillón donde se arrellanaba con cierto aire de estudiada dejadez y de afectada melancolía.

—Pero hombre, decía muchas veces á

Teófilo su padre, ¿cuándo has de pensar formalmente en algo útil? ¿Qué provechos hemos sacado de tanto gasto como me has obligado á hacer?

—Pero mujer, decía á Estrella su mamá, ¿cuándo mirarás con interés lo que se relaciona con el buen gobierno de la casa?

—¿Qué más quieres, papá? respondía Teófilo. Sé montar á caballo, me visto con elegancia, hago buen papel en las reuniones de buen tono, entiendo un poco el italiano y el francés, soy galante y cumplido con todo el mundo....

—¡Ay, mamita! exclamaba Estrella. No me hables de semejantes cosas, que sólo de pensar en ellas me pongo nerviosa. La cocina... ¡qué horror! La despensa... ¡qué hastío! La administracion... la limpieza... Mira, déjame con mi tocador, con mi piano y con mis folletines, si quieres tener hija!

Ambos hermanos estaban persuadidos de que ya hacían bastante con vivir gastando en frivolidades la fortuna que sus padres habían podido conseguir á fuerza de trabajo.

Ninguno de los dos, en fin, tenía presente que el único medio de conservar la riqueza de los padres es emplear la niñez y la adolescencia como la emplean los hijos de los pobres.

Contaba Teófilo veinticinco años cuando se enamoró de una cantante italiana; y desoyendo consejos y advertencias, casóse con ella el mismo día en que su hermana, enamorada también de un mequetrefe pobre y presumido, daba á su papá el más grave disgusto ¡contrayendo matrimonio, apasionado y caprichoso.

Teófilo partió hacia Nápoles con su es-

posa, y Estrella se dirigió hacia Londres, con la mente llena de ilusiones y el corazón henchido de esperanzas.

Seis meses después, el banquero y su cónyuge, que no habían cesado de llorar desde el día en que sus hijos se mostraran sordos é indiferentes á sus palabras, fallecieron con la doble pena de haber perdido, no sólo el cariño de aquellos, sino casi toda su fortuna, arrebatada por la mala fé de un negociante sin entrañas, y por el involuntario descuido de la persona á quien habían encomendado la dirección de sus asuntos.

El marido de Estrella, hueco de entendimiento y de bolsillo, al verse con una mujer viciada, melindrosa y sin dinero, embarcóse para América, quedando su esposa en la más espantosa soledad.

La mujer de Teófilo, convencida de que su esposo no sabía ganar una peseta, aunque era capaz de gastar muchas, se contrató para cantar en un teatro de Inglaterra, y dejando á aquel, que á la sazón se hallaba gravemente enfermo, tomó pasaje en Nápoles para dirigirse al Reino Unido.

Qué sucedió más tarde no os lo diré, lectores míos; sería muy largo de contar, y al enteraros de mi relación asomarian á vuestros ojos lágrimas de tristeza.

Básteos saber que hoy, cuando Teófilo ha llegado á la edad de treinta y cinco años, y Estrella á la de treinta y tres, se encuentran viviendo de limosna, ciego el uno y paralítica la otra, después de haber sufrido las mayores miserias y disgustos.

Todos los días veo cómo una pobre anciana acompaña á dos inválidos que toman asiento junto á la puerta de un templo, donde imploran la caridad de los fieles

hasta que la misma anciana vuelve á recogerlos.

Aquella cariñosa mujer es una de las

sirvientas que habia en casa del banquero cuando nacieron los desventurados personajes de mi historia, y aquellos mendigos,



que nadie acierta á conocer, son Teófilo y Estrella, por todo el mundo, olvidados menos por la generosa y pacientísima amiga que los cuida y los consuela; porque, como ella dice, tiene obligación de no abando-

nar en la aflicción y en la pobreza á quienes meció en sus brazos y cuidó amorosa en su edad infantil cuando les sonreía la fortuna.

J. LOPEZ CATALAN.

CUENTOS INFANTILES.

LECCION AMARGA.

María, llama en seguida á Ricardito, á Pepito y á Emilia, que están jugando

en el jardín; diles que ya es tarde, que el relente de la noche puede hacerles daño, y que su abuelo quiere entretenerlos hasta la hora de cenar, que ya se avecina, con-

tándoles un cuento muy bonito que les gustará mucho.

Ligera como una ardilla, salió María de la estancia en dirección al jardín, en donde encontró á los tres diablillos enzarzados en el juego más bullicioso y divertido.

Al cabo de pocos momentos regresó la sirvienta rodeada de los tres niños, cuyas sonrosadas caras parecían teñidas del color de la amapola, y cuyo fatigoso aliento denotaba el cansancio que el juego les había producido.

Brincando y saltando entraron en el aposento, en el cual les aguardaba su abuelo arrellenado en cómoda butacá, mientras estaba acabando de fumar un aromático cigarro de la Habana.

—¡Abuelito! ¡abuelito! gritaron los tres niños al verle; ya estamos aquí esperando el cuento que María nos ha dicho querías contarnos.

Y su abuelo, después de haberlos acariciado y besado, les recomendó el silencio y la compostura, retratando en su semblante la inmensa satisfacción que la compañía de los tres niños le causaba, achaque común en las personas viejas, que no sé por qué hacen siempre buenas migas con los chicos.

Emilia, la más pequeñita de los tres, con penoso esfuerzo subió á una de las rodillas de su abuelo venerable, y los otros dos niños se acomodaron en el suelo, después de haberse disputado calurosamente el sitio más cercano al anciano narrador.

Levantadas sus rubias y graciosas cabezas, para ver mejor el rostro de su abuelo en actitud compuesta y silenciosa, aguardaban ya con impaciencia, acompañada de gestos y movimientos agitados, el mo-

mento para ellos ansiado, en que diese comienzo el prometido relato.

Cuando conoció el abuelo que su auditorio estaba dispuesto á prestarle atención, y que ya no eran de temer interrupciones ni contiendas infantiles de ninguna especie, comenzó á hablar en estos ó parecidos términos:

—«Hijos míos, ya sabéis que vuestro abuelo os quiere porque sois buenos y obedientes, y por esto de vez en cuando os refiere historias y cuentos, pues solo son dignos de este agradable pasatiempo los niños, como vosotros, que, sumisos á la voz de vuestros padres y superiores, haceis siempre lo que os mandan sin llo-riqueos ni pataletas. De esta manera todos os estiman y agasajan, y vuestro abuelo os llama á su lado para daros dulces y relataros lances y episodios que os diviertan y alegren. Pero...

—Queremos oír tu cuento.

—Abuelito, ya es hora de que comiences.

—Iremos á cenar y todavía tu cuento no habrá empezado.

Simultáneamente dijeron los tres las palabras que anteceden.

Y su abuelo, no queriendo abusar más de la paciencia de su inquieto y benévolo auditorio, dijo de esta suerte:

«En una populosa villa de Cataluña, no hace muchos años, vivía una familia muy acomodada, de buenas y sanas costumbres, muy bien quista de sus convecinos, por la bondad de los sentimientos de sus individuos y por las obras de caridad que practicaban en beneficio de sus semejantes. Y esta familia, que á fuerza de sudores, de privaciones y de economías, había llegado á poseer regular fortuna con la fabricación

de hilados y tejidos, era muy feliz y dichosa, porque Dios, que nunca desampara á los buenos, le había concedido cuatro hijos, que eran la alegría y el encanto de todo el mundo. Pero el diablo, que no duerme y que acecha continuamente ocasion propicia para emplear sus malas artes, vino á turbar la plácida calma de aquella afortunada familia con un suceso lamentable, y que á toda la poblacion infundió pavor y en todos los corazones produjo impresion profunda y dolorosa.»

Al oir las precedentes frases se acercaron instintivamente más y más los tres niños á su abuelo, se movieron en distintas direcciones para buscar más cómoda postura, y sin despegar los labios y demostrando afanoso interés por saber el triste suceso, no se atrevieron á interrumpir á su abuelo, quien prosiguió de esta manera:

«Fué el caso que un día Manolito, uno de los tres niños de la casa, cayó gravemente enfermo, prodigándole sus padres con cariñosa solicitud todo linaje de cuidados para devolverle la salud perdida, cuyo objeto consiguieron, no sin grandes sinsabores y trabajos. Larga fué la enfermedad del pobre Manolito, pero por fin, merced á los remedios poderosos y eficaces del médico de cabecera y al cariño paternal, entró en el período de la convalecencia, que tambien, como la enfermedad, fué peligrosa y prolongada. Su hermanito Luis entraba con mucha frecuencia en el cuarto de Manolito, quien, algun tanto reforzado, podia sentarse ya en la cama, entreteniéndose ambos en juegos inofensivos y placenteros para los niños. Pero como estos desean cambiar de diversiones muy á menudo, como pronto se cansan de to-

do, hé aqui que luego les fastidiaron sus juegos pacíficos y tranquilos.

»Una mañana, como de costumbre, entró Luis en el cuarto de Manolito, que estaba ya incorporado sobre la cama, y los dos empezaron á jugar con soldados de plomo, peonzas, pelotas y otros juguetes que sus padres al intento habian comprado. Ratos deliciosos pasaban Luis y Manolito, que contaban ocho y nueve años respectivamente, que se querian con entrañable cariño, como buenos hermanos, haciendo Luis mil travesuras para distraer á su hermanito, cuya convalecencia iba adelantando rápidamente. Sus padres les dejaban solos, tranquilos y confiados en que nada grave podia acontecer entre sus dos tiernos hijos. Aquella misma mañana Manolito advirtió que en uno de los rincones del cuarto habia una escopeta y un zurrón, propios de su hermano Paco, mucho mayor que ellos y muy aficionado al ejercicio de la caza.—Luis, dijo Manolito, coge la escopeta que está allí, y prueba si sabes con ella disparar un tiro.

»No lo dijo á manco ni encogido, pues Luis, que no se habia fijado en el arma, corrió presuroso á buscarla, y forcejeando, forcejeando, logró levantar el gatillo. Como no conocia si estaba ó no cargada, empezó á jugar con ella, como si hubiera sido un palo, una caña ó una escoba.

»De pronto suena un tiro y el pobre Manolito, que pocos momentos ántes reía á mandíbula batiente, contemplando los cómicos movimientos marciales de Luis, cae redondo en la cama, herido mortalmente por la bala que habia en el cañon de la escopeta, que se disparó inadvertidamente.»

Al llegar aquí el cuento, se les demudó

el semblante á los tres niños, que, amedrentados por el relato, se miraron como para prestarse mútuo valor y fortaleza. Sus ojos se humedecieron, palidieron sus mejillas, y por fin, con voz trémula dijo Ricardito:

—Manolito fué muerto por Luis, ¿no es... verdad? y exhaló hondo gemido al acabar de proferir estas palabras.

—Si, hijos míos; como el desdichado Luis, niño todavía, no sabia manejar la escopeta, salió el tiro y la bala causó la muerte á Manolito, quien por orden del médico debia ya levantarse de la cama el día siguiente.

—¿No es cierto, abuelito, repuso Pepito, que sólo los hombres pueden tocar un arma? Cuando seamos más grandes y tengamos

más fuerza nos comprarás una escopeta é iremos contigo al campo á matar alondras y gorriones.

—Los niños han de solazarse buscando juegos que con su edad se avengan, porque si quieren hacer como sus mayores, suceden desgracias tan terribles como las del cuento.

—No, no, á nosotros nos dan miedo las escopetas, y ahora mismo voy á decir á papá que no queremos ninguna en casa, y que venda ó dé á cualquiera la que tiene en el cuarto oscuro.

—Escuchad, hijos míos, pues aún falta algo para terminar el cuento.

—Acábalo, acábalo, dijeron los tres.

—Allá voy; tened paciencia y estadme atentos un instante.

«Desmayado y sin sentido cayó Luis al suelo, al ver la terrible desgracia por él ocasionada; pasaron días y más días, y el infortunado Luis contrajo grave enfermedad, que poco á poco fué minando su vida, sin que los esfuerzos ni los cuidados de sus atribulados padres fuesen parte á alejar de su espíritu la melancólica tristeza

que lentamente le consumia, ni á curar los padecimientos físicos que su estado moral le habian acarreado. Siempre se le veía malhumorado, cariacontecido, pronunciando á menudo en voz baja

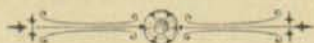


el nombre de Manolito.

»No pudiendo resistir ya más tiempo semejante situación su enfermiza naturaleza, murió abrumado por el pesar de haber muerto á su querido hermanito, cuyo recuerdo acibaraba su corazón y torturaba su pura y cándida alma.

»Su espíritu voló á la mansion de los justos con el de Manolito, que le esperaba para perdonarle, y para recomendar á los niños desde el cielo que les está vedado jugar con instrumentos de muerte.»

JOAQUIN BOHIGAS.



DESCRIPCIONES AMENAS DE HISTORIA NATURAL.

DOS PALABRAS COMO PRÓLOGO.

NADA tan nuevo ni tan viejo como lo que existe bajo el sol: y nada tampoco tan bello para nuestros ojos como lo contenido en la naturaleza toda, obra perfecta por su origen divino, obra inapreciable en cuanto sirve providencialmente á despertar en nuestro entendimiento y en nuestro corazón una viva y luminosa idea de lo infinito.

Vosotros pasaréis junto á sitios encantados sin parar mientes en que pululan alrededor vuestro los seres más diversos y de la más admirable estructura: durante la infancia, despierta apenas del letargo la inteligencia adormecida, y asómbranse más los ojos á medida que se agrandan los horizontes ante ella desplegados, y que más bellos y espléndidos parecen cuanto más el alma se identifica con ellos.

Tres puntos abraza, en el sentido de la importancia que para nosotros tiene, el estudio de la naturaleza.

El primero consiste en hacer que se desarrollen y crezcan en armónica progre-

sion vuestra inteligencia y vuestro sentimiento: el segundo fomenta la admiración y la gratitud hácia aquellos valerosos sabios que han arrostrado penosas fatigas y aún sucumbido en demanda de la verdad; y el último, que es el primero también, porque todo lo abarca y comprende, es el conocimiento de la infinita bondad y del inmenso poder del Creador de todos los seres.

En las relaciones que iréis leyendo, y que para vosotros trazó nuestra humilde pluma, veréis cual en todas las manifestaciones del poder natural se presiente la esencia divina; veréis como el más mínimo detalle de cuanto os rodea vale tanto por su importancia como por su abundosa profusión, y así lo exíguo como lo suficiente, lo que no aparenta como lo que fascina, tienen á los ojos de todos tesoros de verdadera ciencia, que á nadie está vedado saborear, aunque muy pocos ven la enormidad de semejante empresa.

Leed esas narraciones, y complaceos en esperar otras mejores para cuando haya sonado la hora del medio día en el transcurso de vuestra existencia.

SECCION DE DESARROLLO INTELECTUAL.

RECREOS LITERARIOS.

¿Por quién, cuándo y con qué ocasión se escribieron estos versos latinos?

«Quicumque turpi fraude semel innóuit,
»Etiámsi verum dicit, amittit fidem.»

Traducirlos en prosa castellana.

Traducirlos en dos ó más versos castellanos que fielmente retraten el pensamiento que expresan.

¿De quién son y á quién se dedicaron estos hermosos versos?

«Mais un esprit sublime en vain veut s'élever
»A ce degré parfait qu'il tâche de trouver;
»Et, toujours mécontent de ce qu'il vient de faire
»Il plait à tout le monde, et ne saurait se plaire.»

¿Qué sucedió cuando se leyeron ante el grande hombre á quien estaban dedicados?

Traducirlos en prosa castellana.

Traducirlos en cuatro ó más versos que expresen el mismo pensamiento que encierran.

SEMBLANZAS.

(Propuesta por la niña M. A. y G., de 7 años.)

¿En qué se parecen las casas á las narices?

¿Y los tejados á las locomotoras?

CHARADITA.

Gran *prima* son tus dos ojos;
Segunda tus ojos son:
En tus ojos todo, niña,
Se embelesa el corazón.

PROBLEMA.

(16) Hallar la mitad del tercio de la octava parte de medio millon de reales.

¿Cuántas pesetas son?

OTRO.

(17) Se ha olvidado un colono del arriendo que anualmente paga por un predio que labra; solo se acuerda de que por 79 $\frac{1}{2}$ días del año anterior, que tuvo que pagar á prorata, le cobraron 3500 rs.: ¿cuál será, pues, el precio de todo el año?

ADIVINANZAS.

¿Cuál es el duro que más dura?

¿Cuál es el mejor medio de hacerse ricos?

QUÉ SERÁ?

Puntos tengo y no soy media,
Y corte y no soy cuchillo,
Y cañon y no soy plaza,
Ni nunca pólvora he visto.
Me acompaño con corchetes,
Soy de golillas auxilio,
Doy la vida á muchas gentes,
Pero á no pocos la quito,
Y sin ser *regular*, gasto
Barbas, como un capuchino.

TRIANGULITO DE PALABRAS.



Llenar con letras los puntos, de modo que el primer renglon diga una bebida, el segundo lo mismo y el tercero también.

A. ANGUIZ.